

DANIELA VIVIANI

Un final llamado Inés

 Planeta

Inés

Iquique, 3 de enero de 1932

Javier Santa María era de esos hombres tan bendecidos por la merced divina de la belleza que esta hacía invisible a los demás las asperezas de sus primeras arrugas y las canas que ya asomaban en sus cabellos rubios. Experimentado en los negocios agrícolas y también en el amor —cargaba una viudez sobre los hombros—, esa mañana, sin embargo, se presentaba en el salón comedor del hotel Châlet Suisse con el carácter adusto y reconcentrado de un adolescente atormentado por sus secretas ilusiones y esperanzas. Sobre la mesa, un gigantesco ramo de flores parecía contener entre sus pétalos el mismísimo corazón del hombre como ofrenda.

—Javier, ¡Javier!

Él obedeció al llamado de su nombre y se levantó de su asiento con ímpetu de soldado. La mujer que soñó en su fantasía venía hacia él.

—¡Inés, querida! —exclamó entusiasmado—. ¡Aquí estoy!

La hermosa señorita ralentizó sus pasos hacia él en un majestuoso despliegue de glamur y elegancia que no pasó desapercibido para nadie. Lucía un hermosísimo traje de color rosa bordado con brillos que realzaba los encantos de su figura, tan notable, que muchos admiraban llamándola «belleza criolla» y ¡a fe que lo merecía!

—Querido Javier, ¿cómo ha estado? —preguntó a la vez que facilitaba su mano para el tradicional beso de bienvenida—. ¡Quién diría que el destino nos reuniría una vez más!

Se quedaron un rato en aquella posición, en silencio, acompañados por el latido de los corazones masculinos, que no escatimaban en cumplidos para Inés y que llegaban hasta ellos como un susurro. Su cabellera rubia, aun siendo de color de artificio, atrapaba a quien se fijara en ella.

—¡Ay, Inesita! —suspiró Javier—. Ni el terremoto del año pasado causó tanta conmoción como usted lo hace. Al lado suyo, las demás mujeres son una lenteja.

—¡Será bromista! —exclamó la muchacha, que luego se entregó a una breve pausa. Sus grandes ojos verdes y luminosos chispearon antes de decir—. ¡Aunque puede que usted tenga razón!

Ella se puso a reír que era un gusto mientras él la contemplaba, entre sonriente y resignado. Una artista de su talla jamás pasaría desapercibida, ni por su talento ni por su extravagante belleza. *Esperar lo contrario sería pecar de una ingenuidad suprema*, meditó el hombre en recriminaciones. *Pero quién sabe si yo sea el...*

—¿En qué está pensando, Javier?

La mirada felina de Inés lo fulminó. Se sonrojó como un tomate y sus labios temblaron.

—Inés, apenas supe que se encontraba en Iquique, pregunté a todos por su paradero —se apresuró a decir—. Mañana viajo a Buenos Aires y no podía marcharme sin verla. No me ha olvidado, ¿verdad? Desde nuestro encuentro en Nueva York, yo no dejo de pensarla.

Inés bajó la mirada, en silencio, pero solo por un instante.

—Yo tampoco lo he olvidado, querido Javier, pero el amor no está en mis planes, al menos de momento. Con veintidós años, entenderé que todavía me falta mucho camino por recorrer y no puedo desperdiciar las magníficas oportunidades que se me están dando en la ópera. Lo mío no es un simple capricho, como muchos piensan, sino una vocación artística que poquísimas mujeres tienen el privilegio de desarrollar. Acuérdesse de mí: en unos años más, ¡seré tan famosa como Margarita Salvi!

El pobre desilusionado asintió a regañadientes. Mimado por una madre que veía en él a su ídolo, no le era fácil aceptar una negativa.

—¿Es por eso que ha venido a Chile? —preguntó un tanto serio—. ¿Está de gira?

Los obvios *flirts* del garzón a su acompañante en nada contribuyeron a mejorar su ánimo.

—Precisamente, Javier —indicó la joven con verdadero entusiasmo—. Pasado mañana me presentaré en el Teatro Municipal para la ópera de *Madama Butterfly* y en unos días lo haré en el Palace Hotel de Valparaíso y en el Gran Hotel de Viña del Mar en funciones privadas.

Javier asentía mientras el mozo llenaba las tazas de café parsimoniosamente. Su aversión por él era cada vez más obvia.

—Para terminar en el Teatro Municipal de Santiago... —Inés sonrió iluminada por un recuerdo—. Claro, también aprovecharé la ocasión para atender unos negocios de mi abuelo.

—¿Abuelo? —reaccionó Javier—. ¿Y cuál es su nombre? De seguro lo conozco.

La joven hablaba rápido, expresándose con desenvoltura y elegancia, pero se negó a soltar dato alguno sobre su parentesco.

—¡Ay, Inesita! ¿Por qué es así conmigo? La otra vez también le pregunté por él y sus padres y también se quedó muda. ¿Es que no me tiene confianza?

Con un reluciente puchero, Javier Santa María, de treinta y ocho años, volvía a su primera infancia.

—Podría asesorarla en sus negocios, ¿sabe? —insistió, coqueto.

Ella declinó el ofrecimiento y, sonriendo deliciosamente, dijo:

—No se preocupe por eso, Javier. Para los negocios, ya cuento con la asesoría del señor Elano.

—¿Elano, dijo?

—Déjeme presentárselo —los brazos de la muchacha se alzaron al aire en cordial saludo—. *Mister Elano, please, come.*

Desde unas mesas al fondo emergió la figura del hombre más alto que el señor Santa María había visto en su vida. Su cuerpo enjuto y piel grisácea lo hacían el empleado ideal para cualquier funeraria.

—Alan Elano, *lawyer, at your service.*

Javier estrechó su mano y el hombre regresó a su asiento, silenciando cualquier duda que el señor Santa María tuviera sobre la familia de la joven. Todo, menos las ilusiones que él todavía guardaba en su corazón.

—Inesita, yo...

Una cajita envuelta en papel de seda llegó a las manos de la cantante, desde donde emergió un pequeño corazón de oro. En su interior descansaban fragmentos de perlas cultivadas.

Casi con lágrimas en los ojos, el enamorado le dijo:

—Este collar representa mi amor por usted y me sentiría muy honrado si pudiera llevarlo cerca de su corazón para que no me olvide y sepa que la estaré esperando, sin importar cuántos años nos tome estar juntos.

Inés soltó un suspiro largo como un rezo.

—Javier, ¿me creerá si le digo que una fotografía suya me bastó para enamorarme de su persona? ¿Que incluso antes de conocernos,

ya soñaba con el día en que pudiéramos estar juntos? Pero ¿cómo decirlo? Me parece que usted no...

Él empalidecía y se ruborizaba a la vez por efecto de sus miedos. Interrumpiendo a la joven, le dijo:

—¡No me diga que a usted también le llegaron con el rumor!

Ella lo miró con visibles muestras de confusión.

—¿Será por eso por lo que usted me rechaza? —volvió a insistir el enamorado—. Yo le puedo asegurar que no es verdad lo que dicen de mí. Que soy bien hombre... ¡íntegro en todo el sentido de la palabra!

—¿Íntegro? —repitió Inés invadida de amorosa malicia—. Javier, ¿pero a qué diablos se refiere?

Avergonzado, el hombre solicitó la más absoluta discreción y, arrojándose de valor, confesó su dilema en apenas un susurro.

—Inesita, no sé cómo ni quién fue el que inventó semejante disparate, pero desde hace años circula el rumor de que yo, supuestamente, cuando era niño... tuve un accidente y... quedé eunuco...

La muchacha abrió los ojos.

—¿Eunuco? —repitió y, por las dudas, recreó una tijera con los dedos—. ¿Así sin «nada de nada»?

—Asimismo, Inesita, pero... ¿es que se está riendo de mí?

Su compañera ni siquiera pudo disimular. Aplaudiendo y riéndose a carcajadas, atrajo las miradas de todos los presentes, exceptuando al señor Elano, ya del todo acostumbrado a las histriónicas demostraciones de la joven a su cargo.

—¡Javier, es usted simplemente adorable!

Y en un gesto de ternura, ella atrapó el rostro de Javier entre sus manos.

—Pero, Inesita, usted me cree, ¿verdad? —insistió el hombre tanto como se lo permitieron sus mofletes—. Que esas son puras habladurías.

—Le creo, Javier, le creo.

Incluso siendo a costa suya, a él le pareció que esa era la sonrisa más linda que había visto en su vida.

—Querido, es menester que sea sincera sobre dos cosas —la joven dejó de sonreír, cambiando el tinte de su voz por uno más duro—. Primero, no tengo apego alguno por alhajas, cajas de música u otros objetos de valor sentimental. Es más, incluso los encuentro de

mala suerte. Por eso, no se espante si para nuestro próximo encuentro ya no llevo el collar conmigo, ¡suelo perder casi todas mis joyas!

Él asintió, sin dejar de sonreír.

—¿Y lo segundo? —preguntó poco después.

Inés permaneció inmóvil, clavándole la mirada.

—Tengo la fortuna y desgracia a la vez de haber testificado el gran amor que mis padres sentían el uno por el otro, así que no puedo aspirar a algo que no se le iguale. —La joven hablaba con toda la sinceridad del alma—. Javier, yo no busco un marido, no lo necesito... pero sí un compañero, un mejor amigo que vibre con mis triunfos como si fueran suyos. Si el amor que usted dice profesar es verdadero, ¡los hechos hablarán por sí solos!

El comerciante soltó un largo suspiro para luego sonreír. Sin duda alguna, había subestimado al alma artista que pretendía cortejar como a una simple mujer.

—¿Qué le parece si empezamos por una foto? —preguntó Inés sacándolo de sus cavilaciones—. A mi regreso se las mostraré a mis padres, para que sepan de usted.

—¿De verdad, Inesita?

—Sí, por supuesto. Estoy segura de que mi madre va a quedar profundamente impresionada con su persona.

Javier, acostumbrado a los halagos por su rostro distinguido, se limitó a sonreír y dejarse llevar por las instrucciones de la joven para la que sería, sin saberlo, la primera instantánea del registro personal de Inés Rossi en Chile.

Luisa

San Bernardo, 15 de octubre de 1913

No sé porqué, pero esta noche todo me ha parecido de una blancura feísima.

El mismo albor que solía despertar en mí un febril orgullo de enfermera, hoy achinó mis ojos en un gesto de desagrado y me incomodó con su presencia en los azulejos que descansaban bajo mis zapatillas y los muros de cal que formaban el cuarto de aseo. Blanco era el lavatorio de loza, ¡blanco igualmente era el jabón! Cuál no sería mi sorpresa al mirar el espejo y descubrir que mi rostro moreno también lucía pálido como una hoja de papel.

Entonces, pensé, entre coqueta y burlona: *Lo que no pudieron darme los polvos de arroz, me lo han concedido seis horas de turno en el hospital.*

Y la cuestión de la blancura... ya no me pareció tan odiosa.

—El que solo se ríe, de sus maldades se acuerda.

Pillada *in fraganti* en mi delito de vanidad, sonreí a mi compañera haciendo gala de todos mis dientes.

—¿Maldades? Cómo se le ocurre.

—Oiga, Luisa.

—¿Sí, hermana Prosperina?

—Fíjese que no me había dado cuenta.

—¿De qué? —pregunté, aún sonriendo.

Después de una larga y atemorizante pausa, llegó la respuesta.

—De la embarrada que tiene *usté* en los dientes.

—¿Cómo dice?!

Herida en mi orgullo, no me atreví a abrir más la boca y refugí la mirada en las pompas de jabón que ya se formaban en mis manos. Burbujas blancas, por cierto.

—¡No sea niña y guárdese esa cara de lamento! —demandó la religiosa para luego retomar sus chismes con la mayor naturalidad y simpatía—. Bueno, como le estaba contando, esta muchacha Gloria compró una bonita gallina para un pastel con sus presas, pero no hubo caso con la masa, no le creció *na'*. Cuando le pregunté: «Gloria,

por todos los cielos, ¿no andará usted en su periodo crítico?» y la muy pánfila me dijo que sí, cerca estuve de darle un buen coscorrón. «¡No le subirá ningún batido mientras esté menstruando!», le aseguré y ella no tuvo más remedio que concederme la razón. ¡Ay, Luisa! La juventud está tan perdida estos días.

Los ojos cansados de la religiosa se posaron sobre mí a la espera de un elogio que no llegó nunca. Apenas pude asentir antes de perderme en las lámparas del techo y su vano intento por darle un tono más cálido a nuestro entorno. Di uno, dos, ¡tres pestañeos!, pero de nada sirvió. Mis ojos seguían empeñados en verlo todo de un blanco feísimo.

—Niña, oiga.

Con la mirada todavía clavada en el techo, seguro me pilló la Divina Providencia cuando se decidió a interceder a mi favor. *Hija mía, ¡espabile de una vez!*, imagino que me dijo antes de bendecir con sus rayos la única ampolleta que permanecía apagada en la habitación: la de mis sesos.

—Luisa, que este chisme le va a causar la mayor de las gracias.

Y en ese preciso instante supe qué era lo que me estaba despojando de todos los colores.

—Fíjese que unos años atrás, diría que por 1911...

¡Moría de rabia!

Una emoción amarga que ya no resistía más horas guardadas en mi pecho se abrió paso hasta mi garganta. Rabia, ¡tanta rabia!, por ese conocimiento que tanto anhelaba compartir y que vio interrumpido su vuelo solo por haber nacido de mis labios de mujer.

—Luisa, ¡que le estoy hablando!

—¿Ah? —despabilé—. Sí, sí.

A punto estuve de sonreír, pero me contuve y sor Prosperina lo notó.

—No se me vaya a poner chúcaro, *usté*.

Quizá fuera por los remordimientos, pero la religiosa estaba empeñada en enternecer mi corazón a punta de confidencias y, como una sombra, siguió mis pasos hasta los dormitorios, donde procedí a mudar el delantal y las mangas que cubrían mis brazos, fiel a las exigencias de la higiene moderna. Luego, frente a un espejito, acomodé la cofia sobre mis cabellos y, en el pecho, un pequeñísimo prendedor con forma de lámpara volvió a brillar bajo los cuidados de mi pañuelo de seda.

Excelentísima Florence Nightingale, elevo mi corazón a los cielos para que ilumine mis oficios de enfermera.

Prosperina continuó su cháchara:

—Hacia unos años atrás, mucho antes de que usted se apersonara en el Hospital Parroquial, llegó de urgencia un hombre vestido con un grueso abrigo. Era pleno verano, por eso entenderá que enfatizo en su atuendo. «Es que sufro un problema íntimo entre las piernas», me confesó el desdichado. «No me diga *na'*», le respondí, «¡sífilis!». Pero el fulano me negó el diagnóstico tres veces con la cabeza —y tres veces se persignó la religiosa para poder sacar afuera el chisme—. ¡Calcule mi asombro al descubrir la causa de sus dolores! ¡Qué insolencia! ¡Qué atrevimiento! ¡Qué...!

—Pero ¿qué? —pregunté, con los nervios crispados.

Decían los antiguos: «El semblante es el espejo del alma» y, en un tris, mi campo visual fue consumido por uno redondo y flácido que me sonreía con esa malicia que solo aparece con la confesión de un buen pecado.

—¡Luisa, figúrese *usté!* —susurró la mujer para que Dios no pudiera escucharla—. Este fulano tenía el miembro viril... ¡atascado en un rodamiento!

Y la vida, por fin, dejó de ser blanca para mí.

—Pero... ¡ssshhh, niña!

Reí tanto que temí estropear mi corsé.

Lloré tanto que no me quedó más remedio que enjugar las lágrimas con el delantal recién cambiado.

—Pobre hombre —fue todo lo que logré balbucear.

—Nunca más supimos de él en el hospital —chistó la religiosa—. ¡Ni en todo San Bernardo!

—¿Y...?

Todavía incapaz de formular frases, imité el movimiento de las tijeras con mis dedos.

—¡Faltó poco! —indicó mi compañera. Y luego, agregó—: Vaselina.

Asentí, en medio de risas y lágrimas de alegría. Prosperina sonrió también al verme más repuesta de ánimo.

—Ojalá no nos reprenda el doctor Custodio... —agregó ella de repente y todo a mi alrededor comenzó a desteñirse otra vez.

—Hermana Prosperina, sobre el doctor Custodio, ¡es menester que le confiese algo!

En esta ocasión fue ella la que se puso blanca.

—¿No me diga que al doctor también le dio por intimar con una tuerca? —preguntó con voz de ultratumba.

Negué con la cabeza enérgicamente y tomé sus manos entre las mías, a riesgo de tener que lavarlas otra vez. Solo quería soltar esa maldita rabia antes de que ella volviera a robarme los colores del espíritu.

—Hermana, ¿se acuerda de don Toribio Sánchez? ¿El enfermo que llegó ayer en la tarde?

—¿El del pelito rubiecito, dice *usté*?

—¡Ese mismo!

Hecha la confirmación, tomé aire y por fin di rienda suelta a mi discurso:

—Bueno, a ese hombre lo operaron ayer por una perforación de víscera hueca. Todo indica que el consumo de drogas había necrosado algunas secciones de su intestino y era de vital urgencia extirpar estas zonas dañadas. Pues bien, durante la cirugía, le puedo asegurar que el doctor Custodio no hizo bien las suturas de algunos tramos del duodeno. Por supuesto, intenté advertirle sobre este peligro, pero él me mandó a callar y ahora temo por la salud del paciente. No es la primera vez que soy testigo de una negligencia así y... —callé unos segundos antes de decir—: Es difícil ser mujer, ¿no cree?

—¿*Usté* dice que el hombre quedó mal cosido? —preguntó ella, ignorando mi sentir.

Asentí, resignada.

—Y, por lo mismo, es muy probable que pronto sufra de una septicemia. Hermana, le encargo a don Toribio porque yo no vuelvo a turno hasta el viernes. Levante la alarma si le aparecen unas manchas negras en la zona abdominal. También si comienza con una crisis de pulmonía. ¡Prosperina, cuento con usted! —entonces levanté la voz, enérgica—. Es muy probable que al señor Sánchez haya que operarlo otra vez con la mayor de las urgencias y...

Sin mediar aviso, Prosperina me envolvió en un efusivo abrazo. Fue uno fuerte y maternal, como el de mi querida criada Petronila allá en Santiago.

—Niña, si usted nunca se equivoca en sus diagnósticos —aseguró mi compañera—. ¿Cómo no le voy a hacer caso?

Dominada por la emoción, sonreí sin miedo a mostrar mis dientes.

—Y prepárese —los brazos que me amparaban dieron paso a una mirada llena de compasión—. Porque nos va a llegar un reto del doctor.

—¡Miércoles!

Apresuramos el paso por las humildes instalaciones del hospital, que tan serios perjuicios había sufrido con el terremoto del 1906. Esa madrugada, la luz tintineante de las lámparas hacía de las grietas en las paredes un espectáculo de asombro y, si se dejaba la vista fija sobre los ventanales, pronto despertaba en el observador un curioso ejercicio de conteo sobre los cristales rotos. Crujían las maderas, chirriaban las puertas y castañeaban los dientes. En el hospital de San Bernardo no había instancia para el silencio y en el tiempo que nos tomó bajar las escaleras, Prosperina reafirmó esta premisa entonando una canción.

—No me importa tu belleza, tampoco el atractivo de tu cara... —ella cantaba sin quitarme los ojos de encima—. Porque mi amor solo repara en tu santa virtuuuuud.

A veces tengo la impresión de que las hermanas de la Congregación de Santa Ana son malas. Así como malas de adentro.

—¡Mire qué tarde es! —le dije a la religiosa y me puse a correr.

—¡Oiga, niña!

Con los vestidos bien agarrados de sus puntas, echamos una última carrera hasta la segunda sala de mujeres del primer piso. Sin embargo, una vez alcanzado nuestro destino, Prosperina me exigió un momento de pausa para recobrar el aliento y así poder ingresar al vestíbulo ofreciendo una impresión de armonía, reposada y grave.

—¡Dignas, siempre dignas, Luisa! —me dijo jadeando con la frente en alto y yo, ya desprovista de las energías necesarias para debatir, imité sus gestos para presentarme ante el médico con todo el decoro que merece una reprimenda.

Dignidad que hizo desalojo de nuestros espíritus apenas abrimos la puerta.

—¿No-no será que salimos al patio? —murmuró Prosperina, casi leyéndome el pensamiento.

Estaba la sala tan oscura como la boca de un lobo.

Avanzamos, pues, cabizbajas y temerosas como unas ancianas. Sirviéndonos de los respaldos de los catres como apoyo para no tropezar, caminamos de cama en cama mientras nuestros ojos se iban familiarizando con la oscuridad, que nos había pillado de sorpresa.

Y entre respiros, ronquidos y uno que otro acceso de tos —quizá, un llanto a lo lejos— me pareció contabilizar diez pacientes entre las dos hileras de camas que nos rodeaban.

Una noche ajetreada para el hospital, no cabía duda.

De pronto la noche nos ofreció un curioso instante de silencio. Maderas, grillos y humanos callaron al unísono en un mutismo que no creí posible experimentar en ese sanatorio y me reí para mis adentros pensando que...

—¿Dónde *miécbica* estaban ustedes?!

Un horrible rostro, largo y huesudo, emergió de entre las sombras. Presa del espanto, grité:

—¡Monstruo!

Solo para recibir una sonora cachetada de vuelta.

Un segundo después, volvimos a quedarnos a oscuras.

—Hermana Eduvigis, no sea malita con la Luisa —intercedió Prosperina—. ¿No ve que no la reconoció detrás de esa vela? Mire, justo en este bolsillo ando trayendo un fosforito para encender la luz y... ¡Santas Pascuas! ¡Asunto solucionado!

El semblante de la religiosa volvió a resurgir entre las sombras solo para preguntarnos:

—¿Dónde estaban?

Mentiría si no dijera que sentí más miedo que antes, puesto que nunca había presenciado tal demostración de furia en la religiosa que, para mí, era la más paciente de todas. Con los ojos aún llorosos por la bofetada, me dispuse a dar las excusas correspondientes.

—Hermana Eduvigis, me encontraba en el pabellón de hombres. Tres cirugías me ha tocado asistir esta noche.

Luego fue el turno de mi compañera.

—Yo también estaba en el segundo piso.

La ceja arqueada de Eduvigis preguntó por más detalles.

—*Usté* sabe cómo me pongo cuando se nos llenan las salas de enfermos. ¡Me da un hambre! Además, ¿cómo se le ocurre que iba a dejar sola a esta pajarita en el cuarto de aseo? La hubiera visto con su delantal todo manchado de sangre y ¡la vista perdida quién sabe dónde!

¿*Sangre?*, repetí para mis adentros y mi corazón se detuvo por un brevísimo instante. Quizá por la sorpresa. Quizá por miedo a ese blanco que me cegó minutos atrás.

—¿El doctor Custodio estará con *usté*, sor Eduvigis? —insistió en averiguar mi compañera de andanzas—. ¿Y qué pasó con las luces en esta sala? Vaya que está oscuro aquí.

En el techo plafonier de luz eléctrica se encendieron todas las lámparas de golpe. Prosperina, con los brazos en alto, exclamó:

—¡Alabado sea el Señor, mi Dios!

—Cállese un rato, ¡por favor! —protestó sor Eduvigis, a la que siguió un coro de abucheos y quejas de las pacientes, furiosas por la interrupción de su descanso. Corrí entonces a bajar la intensidad de la luz al mínimo y, sin pensarlo dos veces, me encomendé a la misión de dar orden al caos.

—Hermana Prosperina, tenga usted la bondad de atender a las mujeres de la fila de la derecha, que yo me encargaré del ala izquierda. Hermana Eduvigis, ¿podría proveernos de agua y algunas cobijas limpias?

Para mi sorpresa, las religiosas aceptaron las órdenes con docilidad.

—Pues bien, ¡manos a la obra!

Ya con las primeras diligencias pude comprender los efectos del nerviosismo y del cansancio sobre el ánimo de sor Eduvigis. Precisamente a esas horas, no solo había fallado el sistema eléctrico de la sala, sino también el mismísimo doctor Ángel Custodio, quien, bajo el pretexto de unas diarreas incontrolables, dio por terminado su turno sin dejar reemplazo para sus funciones. Resolución que no me sorprendió en lo más mínimo cuando se trataba de ese galeno mentecato.

Para ese turno no había pacientes de gravedad, pero las necesidades eran muchas y a cada cual más específica. Por ejemplo, a doña Bernarda, que, según decía su ficha médica, había sufrido una fuerte colerina, me la encontré cubierta de un sudor helado acompañado de calambres y vómitos. Vaciado ya su estómago, me apresuré a suministrarle un té de manzanilla con ocho gotas de láudano, junto a unas fricciones con mostaza sobre los músculos adoloridos y botellas de agua caliente para que pudiera recuperar la temperatura.

Después pasé a atender a doña Lilian Flores, aquejada por una prolongada tisis pulmonar que también había logrado minar su temperamento.

Se dice que una enfermera debe ignorar al paciente cuando este se encuentre enojado, así que intenté mostrarme apacible frente a

ella mientras le explicaba el tratamiento a seguir para los próximos días. Una sonrisa permanente en los labios acompañó todo mi relato, pues me pareció imprudente hacerla cómplice de mis temores sobre la tuberculosis. *¡Cuándo será el día que se descubra el serum para tan horrible enfermedad!*, pensé.

Siguiendo los apuntes del doctor Bondreaux Bordeaux para el *Journal de Medicine*, preparé una mezcla de agua, vino y treinta gotitas de tintura de yodo, y se la di a tomar a la enferma.

—Con este remedio le aseguro que pronto podrá ejecutar trabajos fatigosos, ¡y hasta casarse! —le aseguré.

En una hora ya teníamos atendidas las necesidades de casi todas las mujeres: cambio de vendajes para la señora Marcela, una oblea de antipirina y muriato de morfina para calmar la neuralgia de doña Blondina, y una lavativa de bromuro de potasio y agua para apaciguar la laringitis de Toñita Muñoz.

—Enfermera, inyécteme un poquito más de morfina, ¿quiere?

Y la administración de mucha, pero mucha paciencia.

Gradualmente el sueño fue apoderándose de las mujeres a nuestro cargo. Las quejas dieron paso a los ronquidos y se cerraron todos los ojos, menos los de una joven que nos observaba desde la trinchera de unas cobijas. Era la suya una mirada brillante por las lágrimas.

—Una mujer que vive del placer que procura —me confesó Prosperina con un susurro al oído. Eduvigis, a su lado, no dejaba de zapatear el piso en un claro gesto de ira contenida.

Sentí una profunda compasión por la chiquilla, pues ya sabía yo cómo se escandalizaban las religiosas cada vez que una de esas almas en desgracia terminaba sucumbiendo en sus dominios. Profesar la misma simpatía a todos, sin distinción de lazos, era un mandamiento que solía quedar para el sermón de la misa cuando se trataba de esas mujeres.

Las «otras», como solía describirlas mi madre.

—Ataque de histerismo —sentencié en voz baja.

—¡Qué histerismo ni qué ocho cuartos! —exclamó sor Eduvigis.

—*Ta preñá* la niña... —susurró Prosperina.

—¡Oiga usted! ¡Deje ya los gimoteos!

Al parecer una historia previa se tejía entre la susodicha y la hermana Eduvigis. Al primer sollozo de la niña, ella corrió rauda a su lado, pero no fue precisamente para consolarla. Por más que la zamarreó, la chica siguió aferrándose a las sábanas sin dejarse examinar.

La religiosa regresó a mi lado, indignada.

—Enfermera Luisa, esta niña no ha hecho más que darme disgustos. ¡Si hubiera visto cuánto me costó convencerla para que pusiera el vientre en agua con hielo!

—Agua helada para que el bebé se ponga en posición, ¿dice usted?

—¡Precisamente! —Eduvigis jadeaba al hablar—. Porque cuando le metí los dedos, se notaba clarito que la guagua venía al revés.

La religiosa hizo un momento de silencio. Entonces, aproveché de preguntar:

—¿Cuántas semanas de gest...?

Pero Sor Eduvigis solo había callado para recuperar el aliento.

—¡Habría insolencia! ¿Me creería usted si le digo que a esta niñita le da miedo parir? ¡Vaya ínfulas las de esta libertina! Orgullo debería sentir por la oportunidad de redimir el pecado original que debemos cargar como mujeres y que nos lleva a concebir a nuestros hijos en agonía, ¿no le parece?

—Y la verdad es que...

No pude decir más por efecto de un pisotón. Prosperina y sus ojos de plato me dijeron que lo mejor era callar.

—Ni siquiera la Virgen María tuvo la fortuna de concebir al Santísimo con asistencia, ¡y esta malagradecida tiene la osadía de rechazar mis cuidados! —refunfuñó sor Eduvigis mientras daba vuelta en círculos.

Soldado que arranca sirve para otra batalla, me recordó mi voz interior.

—Cito a Lucas capítulo dos, versículo siete: «Y dio a luz a su primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón».

Entre sermón y sermón, la mirada de la monja se recreaba con el miedo que afloraba de la futura madre, cada vez más pálida y ojerosa. Si ya lo había advertido antes: ¡estas monjas llevaban al mismísimo diablo adentro!

—Entréguese a la voluntad del Señor —sor Eduvigis se fue acercando a ella como un lobo a su presa—. Apriete los dientes y deje de quejarse de una vez. ¿O quiere que se lo saque a la fuerza?

La joven rompió en llanto.

—Ahora llora, pero ¿acaso no le gustó abrir las piernas y cometer pecado?